



SEGUNDA PARTE

DE LOS ROMANCES DE DON JAYME DE ARAGON, y la Calavera.

Profiguiendo de esta Historia el discurso comenzado, digo, que Don Jayme, alegre con el suceso pasado de amor, pues que cariñosa la Dama se ha demostrado, la prometió guardar el secreto, y con alhagos, con ternezas, y cariños, de aquel jardín tan preciado cogió la flor deleytosa, trofeo del Dios bendado. Hasta la una tocada se mantuvo disfrutando favores, que la ocasion dió lugar sin embarazo: y ya que la pareció, que era justo retirarnos, me dió un bolsillo muy grande, advirtiéndome a mi cuidado no faltasse de acudir al puesto, donde el Criado me citó, y me señaló, como ya dexo explicado. Me bolví a vendar los ojos, y tomándome la mano, me fué guiando a la puerta,

por donde ya havia entrado: al Criado me entregó, con que baxando hasta el patio, con sigiloso silencio monté en el veloz cavallo, como sucedió primero: anduvimos caminando, atravesando mil calles, venimos en largo espacio a dar al puesto primero, en donde havia montado. Despidióse el Escudero, y a mi Posada llegando, hallé entregados al sueño Camaradas, y Criados. A mi quarto me retiro, donde el bolsillo sacando, le abrí, y hallé que encerraba del oro mas acendrado una preciosa cadena del valor de mil ducados, dos sortijas de diamantes, y cien deblones de a quatro. Absorto me hallé a la vista de tan singular regalo, dándole a mi buena dicha gracias por lo executado.

Reconoci por las prendas,
que era persona de garvo:
con que salí a la mañana
con la cadena adornado.
Jugaba, y vestía bien,
combidaba à los Soldados,
y en hosterías gastaba
sin reparar a lo largo.
Mis amigos me decían:
De adonde havia sacado
tanto dinero, y alhajas,
ò que Indias havia hallado.
Pero yo satisfacia
sus maliciosos cuidados,
diciéndoles, que mi Padre
de España me lo ha embiado.
Continué en la estratagema,
de doblones bien colmado,
con que empezó la malicia
à usar discursos villanos.
Discurrían brevemente,
siendo lo peor lo hablado,
pues en dichos, y corrillos
yá de ladron me imputaron:
hasta que Don Balthasar,
camarada muy honrado,
en diversas ocasiones,
que de mí estaban hablando,
bolvió por mí, como amigos:
pero yá de oír cansado,
una tarde los dos solos,
que nos íbamos paseando,
me dixo: Cierito Don Jayme,
que quisiera aquí escusaros
el bochorro, que es preciso
os cuente lo que relato.
Creed, que el quereros bien,
y como amigo estimaros,
me obliga aquí solamente
à que os diga, que notado
fois de todos, porque os vèa
en caudal adelantado:
discurren mil novedades,
cada uno contemplando
de vos, donde, ò de que fuerse
adquirís dinero tanto:
que hurtáis dicen claramente,
y hallandome interesado
en tu honor, por la amistad
estrecha que profesamos,

me cabe à mí del ultraje,
la misma parte; y en tanto,
à ley de amigo leal,
me has de revelar el caso,
por donde logras tener
joyas, y otros aparatos.
Reíme con gran reposo,
y Don Balthasar notando,
vèr en risa convertido
lo sério de su cuidado,
me apretó de tal manera,
que en la amistad confiado,
por no causar mas sospechas,
le di de lo relatado
larga cuenta, à que confuso,
suspense, como admirado
me dixo: Cómo es posible,
que ignoreis, Don Jayme, tanto,
que no sepais con certeza
aquella casa, ò Palacio?
Para la noche es preciso,
que, sin que seienta el criado,
lleveis oculta una esponja
mojada en sangre en un vaso,
y señalareis la puerta,
con que andando con cuidado,
la casa conoceremos;
y así fue determinado.
Logré à la noche gozar
los deleites principados,
y con la esponja, al descuido
dexé el puesto señalado.
Retiréme à mi Quartel,
y siendo día yá claro,
Don Balthasar, y yo fuimos
con curioso defenso,
haciendo las diligencias
por la Ciudad, y cansados,
bolviendonos àzia casa,
con la señal encontramos
cerca de mi habitacion,
como unos noventa pasos.
Era un Palacio opulento
de un Principe, Potentado
de aquel Reyno, en la edad
del numero adelantado,
que sola tenia una hija,
viuda, que es raro milagro
de belleza, y hermosura,
en quien recaja el Estado

al fin de sus cortos días,
y de todo esto informados,
aguardamos à la noche,
en que la hora llegando
monté con el escudero,
como estaba acostumbrado,
estando Don Balthasar
todo el suceso notando.
Mi Damá me recibió
con duplicados alhagos,
à quien yo le supliqué
permitiesse un breve espacio
dexarle ver, y ella atenta,
condescendió con agrado:
entró à otra pieza, y sacó
en sus blanquíssimas manos
una buxía encendida;
y yo atônito, y palmado,
viendo su rara hermosura
la veneré por milagro.
Yá me vès, me dixo alegre,
quiera el Cielo Soberano
no sea para perderme:
sabe, Jayme, que me llamo
Madama Lucrecia, siendo
mi nobilíssimo Estado
el Principado de Erne,
de quien Princesa me aclamo.
Mi Padre es anciano, y solo,
con que heredera me hallo
de su dilatada hacienda,
y riquíssimos Estados:
con ellos te colmaré,
haciendote Dueño amado
de todo lo que poseo.
Aquí yo regocijado,
con palabras amorosas
gracias la rendí humillado.
Ausentéme de su cielo,
y en mi casa sossegado,
le conté à Don Balthasar
todo quanto havia pasado.
A la siguiente mañana
salimos los dos paseando,
y con juventud lozana,
à las ventanas mirando,
dimos continuadas bueltas
del día todo el espacio,
paseando ver la vista
de aquel Sol idolatrado.

Cansados àzia el Quartel
alegres nos retiramos,
y mientras Don Balthasar
entró à desnudarse al quarto,
se acercó à mí una muger
con mascarilla tapado
el rostro, y en claro Idioma
Español, me habló bien claro,
diciendo con gravedad
las palabras, que relato:
Mal aconsejado mozo,
salte, sin mas dilatarlo,
con la mayor brevedad,
de la Ciudad, sin reparo,
porque te importa la vida,
y esta noche decretado
está el fallo: quien lo ordena,
es quien mas te ha idolatrado,
de lastima esto te aviso,
y te ausentó en breve espacio.
Quedé absorto con tal nueva,
el suceso contemplando:
di aviso à Don Balthasar,
de lo que me havia pasado
con la muger encubierta,
y los dos, considerando
si seria estratagema,
unanimos aguardamos
à que cerrasse la noche,
estendiendo el negro manto.
Apenas dieron las diez,
quando me fui acompañado
de Don Balthasar, mi amigo,
al puesto yá relatado.
Dieron las once, y no vino
el Escudero nombrado:
yo cuidadoso en extremo,
à Don Balthasar le hago
se retire, por si fuesse
para llegar embarazo
al cuidadoso Escudero,
à quien yo estaba aguardando.
Apenas lo executó,
quando saliendo embozados
leis hombres con las espadas
desnudas, y me cercaron,
diciendo: Muera. Y apenas
este dicho pronunciaron,
quando cerraron conmigo
con un valor extremado;

mas con juveniles bríos
la capa liada al brazo,
me procuré defender
del rigor de los tyranos:
los que viendo que duraba
sin descaecer un passo,
sacó uno una pistola,
y el gaullo levantando,
me disparó, sin que fuese
capáz para embarazarlo,
con tres balas me pasó
todo el lagarto del brazo
derecho, con que no pude
ofender à mis contrarios.
Caí con ansias mortales,
mas Don Balthasar honrado,
acudió ligeramente,
con cuyo auxilio cesaron
mis contrarios en su intento,
y en breve se retiraron.
Ayúdome à levantar,
y ázia el Quartel caminamos,
en donde con brevedad
vino à verme un Cirujano;
el que me curó al instante
con amistoso cuidado,
y como tenia dinero,
todo lo tenia sobrado.
Yá libre de esta zozobra,
convaleciente me hallo,
y saliendo à pasearme

con mi Camarada honrado,
llegó el Sargento Mayor,
y me dixo con espacio:
Sepa, usted, que el General
le participe ha mando,
se salga usted de Bruselas,
por estar determinado,
quien dió principio al suceso,
que una vez ha comenzado,
à darle fin con la vida,
y así os conviene ausentáros.
Esto me dixo el Mayor,
yo haciendo discursos varios,
determiné retirarme
de tan precisos cuidados.
Dispuse, pues, mi viage,
retirandome ázia el patrio
suelo, donde despedido
de Don Balthasar, me parto
à España, huyendo los riesgos
tan ciertos amenazados.
En Dunquerque me embarqué,
del amor escarmentado,
en un Navio ligero,
las ondas del mar surcamos,
y engolfados en sus olas,
viento en popa navegamos.
Suspendiendo Juan Dionysio
el Discurso comenzado,
hasta la parte tercera,
donde dará fin al caso.

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta, y Librería de
Andrés de Sotos, calle de Bordadores, frente de San
Ginés, donde se hallará.